

LA VIDA EN LOS CONFINES DE LA TIERRA

Sebastián Álvaro
Jose Mari Azpiazu

Vivencias de exploradores polares
para inspirar nuestro día a día



LA VIDA EN LOS CONFINES DE LA TIERRA

Vivencias de exploradores polares
para inspirar nuestro día a día

Sebastián Álvaro
Jose Mari Azpiazu

Nuestro agradecimiento a Cova Fernández.

© de los textos, Sebastián Álvaro y Jose Mari Azpiazu, 2019

© de las fotografías, Sebastián Álvaro, 2019, excepto
p. 65: © ACI / Alamy; p. 67: cortesía del Centro
Documentazione del Museo Nazionale della Montagna
«Duca degli Abruzzi»; p. 71: © ACI / Mary Evans;
pp. 99 y 143: © Ester Sabadell; p. 121: © Circa Images /
Glasshouse Images / agefotostock; p. 122: © Scott Polar
Research Institute / Science Photo Library / agefotostock;
p. 153: © Claudine Van Massenhove / Shutterstock.com;
p. 159: © Ann Ronan Pictures / Heritage Image / agefotostock;
p. 165: © ® Illustrated London News Ltd / Mary Evans Picture
Library Ltd / agefotostock; pp. 166-167: © José Carlos Tamayo,
y p. 197: © Science Source / agefotostock

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
Calle Josefa Valcárcel, 42 – 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.facebook.com/lunwerg
http://twitter.com/Lunwergfoto

Creación y realización: Lunwerg, 2019

Primera edición: noviembre de 2019
ISBN: 978-84-17858-41-4
Depósito legal: B. 18.398-2019
Imprime: Grafo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Fotografías de la cubierta: Velero navegando por el canal Lemaire. / Descendiendo por el glaciar Nordenskjöld.

ÍNDICE

Introducción	9
LA FASCINACIÓN DEL PAISAJE POLAR	14
LA GRAN AVENTURA DE LA EXPLORACIÓN POLAR	36
HIELOS DE OTROS MUNDOS REMOTOS	74
CAZADORES, EXPLORADORES Y CIENTÍFICOS	104
GRANDES VICTORIAS Y ENORMES DESASTRES	144
RESISTIR ES VENCER	182
Cronología	218
Bibliografía	220
Sobre los autores	222



LA FASCINACIÓN DEL PAISAJE POLAR

Espacios de libertad y belleza

La soledad tiene un lenguaje misterioso que enseña una duda tan terrible o una fe tan suave, tan solemne, tan serena que el hombre puede, gracias a ella, reconciliarse con la naturaleza [...].
¿Qué serías tú, qué serían las tierras, las estrellas y la mar si, para los sueños del espíritu humano, el silencio y la soledad no fueran más que el vacío?

Percy Bysshe Shelley (1792-1822)



Ascensión al monte Regulator
en Georgias del Sur. Al fondo,
la bahía Right Whale.

Era aquella una hermosa tarde. Gozábamos de una visión encantadora. Las importantes filas de montañas cuyos grandes picos se hallaban cubiertos de nieves perpetuas [...]. Los glaciares que llenaban los valles intermedios, los cuales descendían de las cúspides montañosas, se adentraban varias millas en el mar en algunos sitios [...]. En otros puntos asomaban las rocas, desgarrando con sus aristas la capa de hielo, lo cual nos hizo ver la auténtica naturaleza.

James Clark Ross (1800-1862)

El agua y el firmamento eran de un tono intensamente azul, más vivo que el que he tenido ocasión de contemplar en los trópicos. La costa, saturada de hermosos picos coronados de nieves, reflejaba los más brillantes matices del oro y el escarlata cuando el sol se aproximaba a la línea del horizonte. La oscura nube de humo que salía del volcán [Erebus] entre llamas, formando una recta columna, que por un lado aparecía negra como el azabache y por el otro presentaba reflejos policromos [...]. La vista era de lo más impresionante que uno imaginarse pueda.

Joseph Dalton Hooker (1817-1911)

Me alegro de estar en el mundo ahora, en vez de en un futuro en el que no habrá lugares nuevos, en que el hombre habrá pisado todas sus regiones y la tierra, el aire, el fuego y el agua, los cuatro elementos fundamentales y todo lo que hay en ellos, serán abyectos esclavos.

Robert E. Peary (1856-1920)

Si quieres ver el alma humana en su lucha más noble contra la superstición y las tinieblas, lee la historia de los viajes al Ártico.

Fridtjof Nansen (1861-1930)

¿De dónde proviene el extraño atractivo de las regiones polares, tan poderoso, tan tenaz que, después de haber regresado de ellas, uno olvida las fatigas morales y físicas y no piensa más que en volver allí? ¿De dónde proviene el encanto inaudito de estos territorios, sin embargo desiertos y aterradores?

Jean-Baptiste Charcot (1867-1936)

La belleza aquí es una belleza que se experimenta, se nota en la carne. La sientes físicamente [...]. En la quietud de Axel Beiberg percibí, por primera vez, los extremos de un paisaje indescriptible.

Barry Lopez

Navegando en kayak por el canal Lemaire en la península antártica.



La Antártida, el último confín de la Tierra

Viajar a la Antártida hace un siglo era una aventura muy diferente a cuantas podían acometerse entonces. Suponía partir al último confín de la Tierra, en el límite de los océanos, en el límite de la vida, para enfrentarse al paisaje más sublime y hostil del planeta, el único donde podía encontrarse «la gran aventura del hielo, profundo, puro como el infinito», como la describiera Fridtjof Nansen, uno de los más grandes exploradores polares.

No es extraño que el continente helado sedujese a los más grandes exploradores, pues no hay nada igual en la Tierra. Desde el punto de vista físico, si hubiera que elegir solo una palabra para definir la Antártida, esta sería «extremo»: sus temperaturas pueden alcanzar los 90° bajo cero, los vientos catabáticos pueden superar los 250 kilómetros por hora, sus cadenas montañosas son más largas que el Himalaya y en sus mares tormentosos, los más temidos por los marinos, flotan témpanos a la deriva tan grandes como islas. Todo en la Antártida desborda desmesura y grandiosidad. Su superficie supera los 14 millones de kilómetros cuadrados, el tamaño aproximado de Estados Unidos y México, y llega a duplicar su extensión en invierno al congelarse el mar que lo circunda. Es el quinto continente más extenso de la Tierra y el más alto, seco, frío y ventoso. El elemento más pródigo en la Antártida es el hielo. Los rayos del sol inciden oblicuamente y calientan menos su superficie. Por eso está cubierta de un grueso manto de hielo. Esta superficie helada —que puede llegar a tener más de 4.000 metros de espesor— da forma a las

mayores reservas de agua dulce de la Tierra y hunde más de mil metros la corteza terrestre. Ningún otro lugar de nuestro planeta puede ser más hostil para la vida, por su inaccesibilidad, aislamiento y aspereza. Más allá de pequeños asentamientos científicos, el ser humano todavía no ha conseguido colonizar este continente.

Así pues, la Antártida es el último reducto de lo que un día fue un planeta salvaje, desconocido y misterioso. Es el mundo de antes y después del hombre, y sigue manteniendo intacta su fascinación. A comienzos del siglo xx la Antártida era, sobre todo, un espacio en blanco en los mapas, el último reto que quedaba por explorar. En aquellos tiempos era un lugar tan desconocido como pueda serlo ahora alguna estrella lejana de nuestro sistema solar. El lugar más remoto e inaccesible de la Tierra y el más hostil para la vida de los seres humanos. Sin embargo, en el efímero verano antártico, su costa y sus mares bullen con una explosión de vida. Millones de pingüinos, ballenas, orcas, aves, focas y toda clase de vida marina se congregan en esa costa donde encuentran sus posibilidades de subsistencia. Persiguiendo esa riqueza, fueron cazadores de ballenas y focas los primeros en internarse en los temibles mares del sur.

Aquellos primeros navegantes debieron hacer frente a los mares más tormentosos del planeta y a un anillo de agua congelada que, circunvalando el continente, ocupa millones de kilómetros cuadrados. Aquellos expertos marinos fueron descubriendo primero sus islas, costas y bahías. El interior del continente, sin nada útil que ofrecer, tendría que esperar hasta que el ser humano, por fin, se plantease la conquista de los extremos del planeta. Comenzaba la época heroica de la exploración

polar, que culminaría con la carrera por la conquista del polo sur. Tras la expedición de Shackleton, Scott y Wilson en 1901 y la del *Nimrod*, liderada por Shackleton, en 1907 —bastante exitosa, pues consiguieron quedarse a solo 160 kilómetros del polo sur—, esa competencia terminaría en 1910-1911 en una pugna abierta entre británicos y noruegos. El noruego Roald Amundsen fue el vencedor de esta carrera, al plantar la bandera de su país en el punto más meridional del planeta en diciembre de 1911. Sin embargo, el más recordado sería el capitán Robert Falcon Scott por su dramático regreso del polo, que alcanzaron solo treinta y cuatro días después. Desmoralizados por la derrota, el capitán Scott y sus compañeros emprendieron un camino de regreso que terminaría llevándolos a su tumba. «¡Dios mío, este es un lugar horrible!». Esta frase, una de las últimas que logró escribir en su diario, refleja perfectamente lo que supuso para los británicos adentrarse en aquel desierto helado. Aunque el heroísmo de los británicos y su fe en la ciencia nos siguen conmoviendo tanto como los espléndidos paisajes antárticos, la mejor preparación y planificación de los noruegos los hizo ganadores de aquella mítica carrera. El éxito de Amundsen se debió

a su larga experiencia, adquirida durante los largos periodos pasados con los esquimales, además del triunfo del equipo y una correcta planificación. En definitiva, de la inteligencia, el método y la imaginación. Por fin se había conseguido alcanzar un punto imaginado por geógrafos, ese punto teórico en el que se juntan todos los meridianos, donde ya no se puede ir más al sur, donde son todas las horas a la vez y en el que, quizás, como escribió Olav Bjaaland —uno de los compañeros de Amundsen—, «se oye chirriar el eje terrestre».

Cien años después de aquellas primeras exploraciones, la Antártida no ha perdido un ápice de fascinación. Es, todavía hoy, un paraíso para los amantes de la crónica sentimental de la exploración polar. Pocos lugares de nuestro planeta están tan llenos de literatura, de mitos, de dramas y de heroicidad. También de belleza, soledad y silencio. Allí se resguardan la belleza del mundo, el silencio del mundo, la soledad del mundo. Para muchos es el gran viaje pendiente, el que todos desearían hacer alguna vez, pues, como escribió David Thoreau, «al mismo tiempo que ansiamos explorarlo y comprenderlo todo, necesitamos que todo sea misterioso e insondable».

Páginas siguientes:
Témpanos a la deriva en la bahía Orne
Harbour en la península antártica.

La vista era de lo más impresionante que uno imaginarse pueda. Aquella nos hacía caer en la cuenta de que acabábamos de adentrarnos en regiones juzgadas hasta entonces impenetrables, produciéndonos un sentimiento de terror.

Joseph Dalton Hooker (1817-1911)

La Antártida es el desierto más vasto, alto, frío y cruel del mundo [...]. Durante el verano, el sol nunca se pone, pero durante el invierno nunca asoma.

Eleanor Honnywill (1919-2003)

Detrás de esas montañas se extiende la región más alta y más fría del planeta, la más inhóspita y remota. Y también es la más seca; compite con el Sahara como el desierto más grande de la Tierra: un hecho paradójico, si consideramos que el hielo de la Antártida oriental, con casi 5.000 metros de grosor, contiene casi toda el agua dulce de la Tierra.

Peter Matthiessen (1927-2014)

Debía tomar una decisión: Kenia o la Antártida. Siempre había soñado con ir a Kenia y en realidad apenas había pensado nunca en la Antártida, pero en aquel momento, casi sin pensarlo, opté inmediatamente por la Antártida. Había en la palabra expedición una cierta magia que tocaba de lleno mi punto romántico.

Wally Herbert (1934-2007)





El conjunto... deja la mente saturada de admiración y horror. Admiración ante la belleza del cuadro y espanto por el peligro que le acompaña, pues si un barco colisionara con uno de estos grandes bloques [icebergs], quedaría hecho añicos en un instante.

* * *

Jamás he visto tanto hielo. Nuestra generación nunca sacará provecho alguno de estos espacios.

James Cook (1728-1779)

Las imponentes plataformas de hielo están siempre a la vista, a veces hasta cinco o seis a la vez. Algunas pueden llevar decenios a la deriva, describiendo una órbita alrededor del continente congelado en la dirección de las agujas del reloj.

* * *

El inmenso casquete de hielo de la Antártida influye en todos los océanos de la Tierra, en todos los climas y en todos los fenómenos atmosféricos [...]. Su hielo es el depósito y tesoro del 75 % del agua potable de nuestro planeta en una época en que más de mil millones de personas no tienen agua que beber.

Peter Matthiessen (1927-2014)

La deriva de las grandes torres de hielo

ÁRTICO

Los primeros icebergs que habíamos divisado, inmediatamente al norte del estrecho de Belle Isle escorados y acanalados por el océano, parecían inmensamente tristes, agotados por alguna calamidad desconocida [...]. Más al norte comenzaron a tener el aspecto de soldados rezagados de un ejército, pasaban flotando lentamente, ensimismados, desolados e inmensos sobre el mar. Parecían salidos de un mundo mítico, de una divina maldición estrepitosa y cataclísmica [...]. Yo corría de un lado al otro del barco, preguntándome cómo podía ser posible acercarse tanto a un elemento tan imponente [...]. Era como cruzar el Himalaya en un dirigible, entre el Annapurna y el Everest.

Barry Lopez

ANTÁRTICO

Algunos icebergs eran de dimensiones extraordinarias, desde 46 a 61 metros de altura, y tenían las paredes completamente lisas como si las hubieran cincelado. Otros mostraban majestuosos arcos multicolores y profundas cavernas abiertas al oleaje, que producía al entrar fuertes y lejanos estruendos [...]. Si pudiese imaginarse una inmensa ciudad de palacios de alabastro en ruinas, de toda variedad, forma y tono, y compuesta de inmensos montones de edificios agrupados, con largas hileras de calles o callejas entrecruzándolos irregularmente, solo entonces podría formarse una vaga idea de la belleza y el esplendor del espectáculo.

Charles Wilkes (1798-1877)



Témpano a la deriva en los alrededores
de las islas Melchior en la Antártida.

Yo había llegado a un punto de sufrimiento tal que, en realidad, mi mayor preocupación era morir sin sufrir demasiado. Los que hablan de heroísmo en la muerte, en realidad no saben de lo que hablan. Lo fácil hubiera sido morir: una dosis de morfina, una grieta amable, y feliz sueño. Lo heroico y difícil era continuar.

* * *

La exploración polar es la forma más radical y al mismo tiempo más solitaria de pasarlo mal que se ha conocido. No existe ningún otro tipo de aventura en que uno se ponga la ropa el 29 de septiembre, fiesta de San Miguel, la lleve hasta Navidad y, dejando aparte una capa de grasa natural, la encuentre tan limpia como si estuviera nueva. Se está más solo que en Londres y más apartado que en cualquier monasterio, y además el correo no llega más que una vez al año.

* * *

La exploración es la expresión física de la pasión intelectual. Y diré una cosa: si tiene usted el deseo de saber y el poder para hacerlo realidad, vaya y explore. Si es usted un hombre valiente, no hará nada; si es un hombre miedoso, es posible que haga mucho, pues solo los cobardes tienen necesidad de demostrar su valor [...]. Si hace usted su correspondiente viaje de invierno, obtendrá su recompensa, siempre y cuando lo único que desee sea un huevo de pingüino.

Apsley Cherry-Garrard (1886-1959)

El peor viaje del mundo

En pleno invierno antártico de 1911, a más de 60° bajo cero, Edward Wilson, Henry Bowers y Apsley Cherry-Garrard emprenden un brutal viaje hacia el Cabo Crozier. Los tres hombres, miembros de la expedición Terra Nova liderada por el capitán Robert Falcon Scott, están muy cerca de perecer tratando de recoger unos huevos de pingüino emperador. Hubo días, según dejaría escrito Cherry-Garrard, que sufrieron tales penalidades que «en aquel viaje todos comenzamos a pensar en la muerte como en un amigo». El viento era tan espantoso —«Jamás he oído, sentido ni visto un viento como este. Me asombra que no arrastre la Tierra.»— que, en una ocasión después de anotar la temperatura —77° bajo cero—, escribió escuetamente: «Ese día permanecerá en mi memoria como el día en que descubrí que las anotaciones no tenían valor». Poco después, se proclamó convencido de que «Dante tenía razón cuando situaba los círculos del hielo por debajo de los círculos de fuego». Tras más de un mes de sufrimientos al límite de la supervivencia, lograron regresar a su base con tres huevos. Apsley, que era miope, había tropezado y se habían perdido dos de los cinco huevos que tan difícilmente habían conseguido. Al verlos llegar, Scott, que no había participado en el viaje, lo calificaría como «el viaje más duro que se haya realizado jamás». Ese fue el título del libro que, años después, escribiría Cherry-Garrard, probablemente el mejor libro escrito sobre una aventura polar. Como es bien sabido, aquellos tres esforzados británicos llegaron a tiempo de recuperarse y participar en la acometida de la expedición de verano al polo sur.

Antes de su último viaje, del que no regresaría, Wilson escribió a la Royal Geographical Society para informar de los progresos científicos de la expedición, con un estilo tan sobrio, típicamente británico, que apenas refleja lo que había costado conseguir aquellos tres huevos. Para su suerte, y para la del resto de sus lectores, el joven Cherry-Garrard fue excluido en el último momento del grupo de los elegidos y enviado de vuelta a la base. Los cinco británicos elegidos se vieron obligados a arrastrar ellos mismos el trineo, lo que les exigió un esfuerzo que les fue desgastando. El 21 de marzo de 1912 ya se encontraban a menos de veinte kilómetros de su salvación, el depósito de «una tonelada» donde encontrarían comida y combustible. Pero no lo lograrían. «No puede estar demasiado lejos: es una lástima, pero no creo poder seguir escribiendo. R.F. Scott.»

Meses más tarde, sus compañeros encontraron la tienda con los cuerpos de Wilson, Bowers y Scott. Debajo de ellos encontraron sus diarios con las últimas palabras. Donde Scott había escrito que los enviasen a su esposa había tachado esa última palabra y la había sustituido por «mi viuda». Cherry-Garrard, el gran amigo de Wilson y Bowers, fue el que propuso la última frase del *Ulises* de Tennyson para poner en su memorial: «Luchar, buscar, encontrar y no rendirse jamás», que representa mejor que nada el espíritu de estos sacrificados exploradores.

Aquellos tres huevos de pingüino emperador, conseguidos a costa de tan grandes sacrificios, son el mejor símbolo del «peor viaje del mundo». Es probable que sea la expedición más épica y dramática de la exploración polar. Sus miembros fueron auténticos «conquistadores

de lo inútil» que se adelantaron cincuenta años a Lionel Terray, quien reclamó ese honroso título para los alpinistas. A su vuelta a Gran Bretaña, Cherry-Garrard llevó los tres huevos al Museo de Historia Natural. Pocas personas podían valorar lo que había costado hacerse con ellos y lo que, ya entonces, simbolizaban. Sin embargo, el director del museo no se mostró especialmente interesado. Cuando Cherry-Garrard le preguntó si podía darle un recibo de entrega, este lo despachó diciendo: «No es necesario. Todo está correcto, no necesita esperar». De esta forma se ponía el punto final al viaje polar más duro y desgraciado de la historia.

El doctor Edward Adrian Wilson fue el responsable del proyecto científico de la expedición británica y el mejor apoyo del capitán Scott. Fieran cuales fuesen sus errores, aquellos hombres fueron a la Antártida tratando de hacer una sociedad más justa y adelantada: Wilson era un hombre bondadoso, un científico consagrado al conocimiento y la ciencia, algo que le habían transmitido sus padres. En realidad fue un verdadero líder en aquellas dos expediciones británicas a la Antártida y suya fue la idea de ir a buscar en pleno invierno los huevos de pingüino emperador, pues quería demostrar que los pingüinos eran el eslabón perdido entre las aves y los reptiles. Aquella idea sería decisiva para que Wilson regresase a la Antártida en 1910.

En el recordatorio por el funeral de Wilson, se incluyó la frase latina *acta non verba* (hechos y no palabras), un excelente alegato de sus afanes científicos.

Gracias a su recolección y a su estudio embriológico posterior pudo despejarse la incógnita sobre los remotos pingüinos, pues se demostró que lejos de ser un ave primitiva o ese eslabón perdido, los pingüinos son descendientes modernos de las aves voladoras.

La magia de la noche ártica

La aurora boreal se presentó ante nuestros ojos durante casi toda la noche con la más deslumbrante apariencia. En ocasiones ondeaba sobre nuestras cabezas en forma de bellas columnas, para transformarse seguidamente en una refulgente cortina o en una serpiente, deslizándose a no muchos metros, por encima de nuestras cabezas.

John Biscoe (1794-1843)

El aire era tan estimulante que caminábamos de prisa sobre la nieve crujiente cantando, gritando y riendo... ¡Y qué luna! Como un gran espejo o escudo de acero bruñido, no como la ves en los trópicos o el Mediterráneo, pálida, cálida y suave, dibujando sombras en el mar y la tierra, sino fría, brillante y severa.

Henry Feilden (1838-1921)

La noche polar no ejerce ninguna prueba debilitadora o deprimente en mí; al contrario, durante esta invernada, tengo la impresión de que rejuvenezco [...]. He aquí la tierra prometida que une la belleza y la muerte.

* * *

El destino me había elegido para esta gran aventura de los hielos: honda y purísima como el cosmos infinito, la silente y estrellada noche polar, la propia naturaleza en toda su profundidad, el misterio de la vida [...]. Aquí, en esta noche grandiosa, te hallas en tu desnuda simplicidad, cara a cara con la naturaleza.

* * *

La noche ártica hace su entrada lenta y majestuosamente. ¡Cómo eleva los pensamientos del hombre una noche como esta! Diríase que entra uno en un templo santo y silencioso, en el cual el espíritu de la naturaleza flota en el espacio llevado por centelleantes rayos de plata, y el alma no tiene más remedio que adorar la infinitud del universo.

Fridtjof Nansen (1861-1930)



Aurora boreal en el lago Inari de la Laponia finlandesa.

Soy joven y, como tú me dijiste una vez, posiblemente llevo sangre de vikingo luchador en las venas: una vida demasiado tranquila no me atrae en absoluto.

Fridtjof Nansen (1861-1930)

De innumerables artimañas se sirve la naturaleza para convencer al hombre de su finitud: el fluir incesante de la marea, la furia de la tormenta, la sacudida del terremoto, el largo retumbar de la artillería del cielo... Pero entre todas ellas la más temible, la más estremecedora, es la pasividad del silencio blanco.

Jack London (1876-1916)

El encanto principal de nuestro viaje es que, en medio de los múltiples sucesos de la jornada, conservamos intacta una mentalidad de seres primitivos.

Knud Rasmussen (1879-1933)

Hay dos clases de problemas árticos: los problemas imaginarios y los problemas reales. De los dos, los imaginarios son los más reales, porque el hombre encuentra más cómodo cambiar la naturaleza de las cosas que cambiar sus propias ideas.

Vilhjalmur Stefansson (1879-1962)

En el Ártico todo lo que se hace hay que hacerlo con lucha, con lucha continua por la existencia [...]. Si da menos de lo que debe, está perdido y su fracaso puede ser fatal para los que van con él y para él mismo también.

Peter Freuchen (1886-1957)

Nos impresionan la urgencia de la vida y la omnipresencia de la muerte en este inmenso anfiteatro de glaciares plateados, en una bahía glacial azul cortada por el viento que da al océano polar.

Peter Matthiessen (1927-2014)

La tierra se convierte en algo grande y vivo... Y da una lección de humildad al hombre [...]. La tierra no es solo hermosa, también es poderosa. Su poder deriva de la tensión que existe entre su permanente belleza y su capacidad para segar una vida. Su poder fluye hacia la mente cuando se comprende que la oscuridad y la luz están en ella.

* * *

Para que una relación con el paisaje y la naturaleza sea perdurable, debe ser recíproca.

Barry Lopez

Ascendiendo al monte Mill en la península antártica.







Aquellos parajes parecen ser el reino del viento... Alegres por sentir tan ligeros los trineos, los perros tratan de emprender el galope [...]. Sus patas golpean el hielo con tal vigor que sus garras penetran en él como láminas aceradas.

Knud Rasmussen (1879-1933)

Para quien desconoce aquel terreno, es difícil comprender lo que representa la compañía de los perros para un hombre que está solo en las tierras vírgenes. Cuando en una fría noche de invierno se sienta junto al fuego del campamento, el interés con que los perros siguen sus gestos le proporciona una maravillosa sensación de compañía. Les habla y ellos parecen entenderle.

Erik Munsterhjelm (1905-1992)

En el Ártico, los trineos de perros son distintos en las diversas regiones. En el país de los esquimales, desnudo, desprovisto de árboles, los convoyes se deslizan generalmente sobre extensiones heladas. En cambio, los trineos de caza de los indios han de atravesar sotos, las espesuras impenetrables del bosque canadiense, la taiga de espinetas y las gargantas rocosas de los puertos que existen entre lago y lago. Los indios avanzan formando una flecha; los esquimales, en abanico.

Roger Frison-Roche (1906-1999)

Yo quiero ser un lobo y vivir en una tierra no contaminada, con bisontes pastando en las praderas como aquellos que quedaron pintados en la Cueva de Altamira; y cantaré a la luna por la felicidad infinita de vivir en un mundo así.

Félix Rodríguez de la Fuente (1928-1980)

En nuestro país, la carrera Iditarod es conocida por un triste motivo. Mientras rodaba en 1980 imágenes de ella para uno de sus documentales, Félix Rodríguez de la Fuente, junto a los técnicos Teodoro Roa y Alberto Huéscar, de TVE, y su piloto murieron al estrellarse su avioneta. Un monumento en Anchorage recuerda su memoria. Ese día Félix cumplía cincuenta y dos años.

Monumento a Félix Rodríguez de la Fuente en Anchorage, Alaska.

Páginas anteriores:

Perros de arrastre de trineo con Pep Parés en el Pirineo.

Iditarod, la última gran carrera

Cada año, desde 1973, se conmemora una gran aventura: el itinerario realizado en 1925 para llevar a los niños de Nome, un remoto pueblo de Alaska, una vacuna salvadora. Se la conoce como Iditarod (lugar lejano) y de ella se ha dicho que es «la última gran carrera sobre la Tierra». A primeros de marzo se reúnen en Anchorage, la ciudad más grande de Alaska, los mejores *mushers* de las cuatro esquinas del globo con sus mejores perros de tiro para competir en una carrera de más de 1.800 kilómetros que los llevará hasta Nome. Los participantes en la carrera están autorizados a llevar armas en el trineo para proteger a sus perros de posibles ataques de osos, alces o manadas de lobos. Muchos no lograrán acabarla. El día de la salida el centro de Anchorage es una fiesta mayor. Por encima de todo, los verdaderos protagonistas son los perros. Se agitan, saltan y ladran. Quieren empezar a correr. Miles de años de aventuras galopan por sus venas, desde que sus antepasados salieran de las estepas de Asia Central acarreando las pertenencias de las tribus nómadas, hasta las conquistas de los dos polos, el norte y el sur. Desde entonces, la relación entre el hombre y el perro se ha ido tejiendo en una lucha cotidiana por la supervivencia en los ambientes más duros y salvajes. Es el espíritu libre de su antepasado el lobo el que brilla en su mirada. Un hombre y un puñado de perros contra el Gran Norte. Eso simboliza la Iditarod. Es mucho más que una carrera, es una experiencia que nos recuerda la aventura vivida en uno de los paisajes más hostiles de la Tierra.



No se podía ver más que hielo compacto e intransitable: una masa sólida e impenetrable que ni la mayor dosis de imaginación o creencia teórica podría convertir jamás en un mar polar abierto.

Albert Markham (1841-1918)

Queríamos transmitir nuestra pasión por los hielos, como uno de los grandes paisajes terrestres, compartiéndolos con todos aquellos que quieran descubrirlos y abrirse a su sentimiento, comunicar tales paisajes e incitar a entrar respetuosamente en ellos, para que aquellos que ya los conocen reaviven este tipo de recuerdos emocionales o, si no fuera así, para que los que aún faltan por sentir el escalofrío de poner un pie sobre terreno glaciar tengan acceso nuevo a ese característico nivel de entusiasmo que solo proporcionan los hielos de la Tierra.

Eduardo Martínez de Pisón
y Sebastián Álvaro

Atardeciendo en la bahía Pleneau en la Antártida.



